

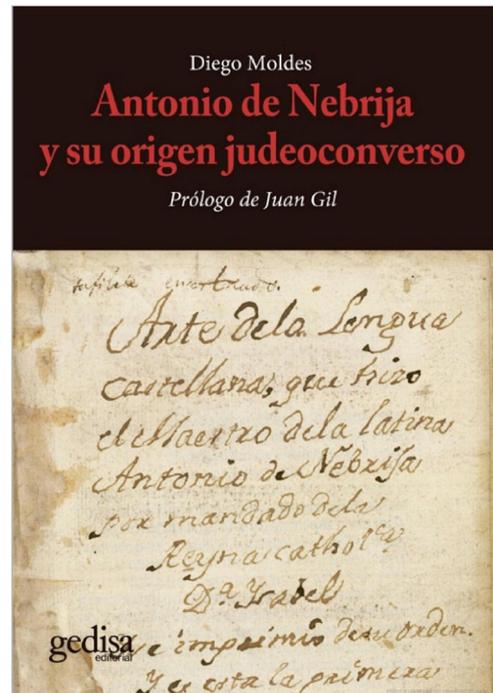


Moldes, Diego. (2023). *Antonio de Nebrija y su origen judeoconverso*. Barcelona: Gedisa [171 pp. ISBN: 978-84-19406-19-4].

«La tradición es la transmisión del fuego, no la adoración de las cenizas». Esta cita del político, filósofo e historiador Jean Jaurès, con la que Diego Moldes (Doctor en Ciencias de la Información, historiador de cine, escritor y Director de Relaciones Institucionales de la Fundación Nebrija) comienza la obra, no puede resultar metafóricamente más apropiada para el propósito que persigue, y que queda claro ya desde el propio título: demostrar el origen judeoconverso del gramático nacido en Lebrija (desechando, por tanto, su condición de cristiano viejo).

La obra cuenta con un certero prólogo del latinista, presidente de la comisión científica «V Centenario del fallecimiento de Antonio de Nebrija» y académico de la RAE Juan Gil, quien, partidario asimismo del origen judeoconverso de Nebrija, señala que Moldes propone una obra polémica pero al tiempo con tono humilde, «cortés y moderado» (p. 13). No le falta razón al respecto.

El hilo conductor de Moldes, en realidad, podría considerarse (una crítica a) la obra de Pedro Martín Baños –*La pasión de saber. Vida de Antonio de Nebrija*–, una de las máximas autoridades en los estudios nebrisenses, que no comparte la hipótesis del autor que reseñamos. Ha de aclararse que autor y obra son elogiados en muchos otros aspectos por Moldes (por ejemplo, en la relación de Nebrija con la imprenta, en su labor como editor y en cómo fue pionero en los derechos de autor), salvo, y sobre todo, en su origen genealógico,



en el que discrepa de Martín Baños y se alinea con Américo Castro en la hipótesis judeoconversa, aunque Moldes la defiende de forma más documentada, refinada y menos exaltada.

En efecto, Moldes procura demostrar la probable ascendencia familiar judeoconversa de Nebrija basándose en siete aspectos: factores demográficos sociológicos y de alfabetización; la genealogía oculta o inventada: Lebrija; educación y hebraísmo; la relación con la imprenta; la Inquisición; factores psicológicos y culturales de la personalidad y, en último lugar, relaciones con judeoconvertos y con judíos.

No se trata de desmenuzar todos los argumentos esgrimidos (perdería en tal caso buena parte de su sentido la lectura del libro), pero sí resultan reveladoras ciertas ideas: por ejemplo, que los padres de Nebrija eran pequeños terratenientes, es decir, no campesinos de clase baja absoluta ni extremadamente adinerados, hecho que pudo tener consecuencias positivas para la educación de Nebrija (estudiar en Salamanca); o enigmas de especial interés como que Nebrija no explicitara (o, mejor dicho, «ocultara», que, como señala Moldes, es otra forma de mentir) su fecha de nacimiento, que sabemos poco de su educación, lo que se aviene mal con el postulado de un hombre que «consagró su vida a la búsqueda de la verdad» (p. 49); o que ocultaría su ascendencia para poder optar a una beca en Bolonia. Moldes recuerda al respecto la obsesión cristiana por la pureza de sangre en el tiempo que le tocó vivir a Nebrija por el miedo judaizante de los conversos (p. 94) –de hecho, no es casual que a uno de los hijos de Nebrija, Sancho, le exigieran documentos probatorios para poder estudiar en Bolonia–. Moldes aclara al respecto, por un lado, que la Inquisición no nació contra los judíos, sino contra los conversos y, por otro, que tampoco era difícil falsear la genealogía (para lograr el ascenso social). Moldes aporta más pruebas y datos para sustentar su hipótesis: entre ellas, que no hay hebraístas cristianos viejos casados en el XV, que Nebrija sería un judeoconverso temprano (antes de 1449), y, de modo revelador, investiga el interrogante de cómo Nebrija habría aprendido el hebreo. Moldes apunta que tal vez lo hiciera por su cuenta y por tener contacto con personas conocedoras de esta lengua, quizá incluso en su propia casa; una lengua que no llegaría a dominar plenamente, pero que sí conocería de forma oral. Sus padres podrían ser judíos cultos (la cultura, recuerda el autor, aparte de a los judíos, estaba muy limitada en los cristianos, salvo a la aristocracia y al clero). A ello añade que en Lebrija convivirían cristianos, mudéjares, moriscos, judíos y judeoconvertos.

Moldes apunta que el perfil de Nebrija responde a un «converso de manual», que no negó nunca su fe cristiana. Además: «leía la biblia en latín, griego, hebreo y posiblemente en arameo o caldeo, ya en su etapa estudiantil: estaba orientado para un alta carrera eclesiástica, tanto por su formación salmantina como, especialmente, boloñesa» (p. 123);

carrera que abandonaría para formar una familia y tener una extensa prole: entre 7 y 9 hijos (al menos, 5 varones), según las fuentes consultadas. Y muestra, junto a sus luces y méritos académicos (además de los apuntados por Martín Baños, el hecho, por ejemplo de que tras salir absuelto del proceso inquisitorial, reivindicaba la libertad de expresión, algunas sombras o aspectos más controvertidos: su «obsesión» por pasar a la historia, su personalidad altanera, algo prepotente, orgullosa, aduladora de Cisneros, soberbia, insolente, atrevida o audaz. Cualidades que lo vincularían con el concepto hebraico de *ḥuṣpāh* (חֹזְקָה) (p. 114). Con todo, en cuanto a estas similitudes en personalidad con eruditos de origen judío, es consciente Moldes de que solo tienen un relativo valor probatorio.

El autor ameniza con cierto tono de investigación *detectivesca*, formulándose preguntas y llegando a deducciones, por ejemplo, respecto a las dudas sobre las fechas de su nacimiento o de su llegada a Italia. Por razones como esta, la obra, de corta extensión (así lo reconoce el autor), se acerca a un carácter divulgativo. Con frecuencia, Moldes muestra cercanía y simpatía al lector introduciendo un estilo coloquial, a menudo con preguntas a modo de *captatio benevolentiae* para suscitar su interés; aspectos que en absoluto (antes al contrario) son incompatibles con el rigor, como muestra la gran extensión, en su caso, de las citas textuales o notas a pie de página; o la abundante documentación bibliográfica. En este sentido, menciona 73 referencias al final de la obra, pero a las que habría que sumar algunas citadas a pie de página o en el cuerpo del texto (trabajos de especialistas como Norman Roth, Lola Pons, Antonio Villao Frago, Antonio Castillo Gómez, Josiah C. Russell, Isabel Montes Romero-Camacho, H. S. May, Isabel Moyano Andrés, Yitzhak Baer o Antonio Battistella) y webgrafía sobre el Año Nebrija, celebrado en 2022, con diferentes actividades en toda España que conmemoraron el 500 aniversario de su fallecimiento, en las que encuentra todo su sentido la publicación de esta misma monografía.

Destacan en la obra, además, sus catorce exquisitas ilustraciones, que incluyen mapas, tablas de demografía, páginas de algunas de sus obras, la célebre ilustración de su clase de gramática o incluso un curioso estudio anatómico psicológico de su rostro (p. 111). Además, se incorporan cuatro anexos: «¿Quién fue Antonio de Nebrija?», «Lecturas esenciales sobre Nebrija», «Primeras ediciones conocidas de obras de Antonio de Nebrija» (un total de 62 más el *Corpus Biblicum Nebrissense*, según Víctor Pastor) y «Nebrija en Salamanca», anexo este en el que, además de la dedicatoria póstuma al reconocido profesor de la Universidad de Salamanca José Jesús Gómez Asencio, y en el seno de las actividades del V Centenario, comenta el profundo afecto de Nebrija a esta ciudad, donde vivió al menos 23 años. Precisamente en este último anexo, recuerda una idea quizás aún desconocida para el gran público: su *Gramática de la lengua castellana* no tuvo éxito en su momento (no se empezó a reivindicar hasta el siglo XVIII), frente a sus obras para la enseñanza y el aprendizaje del latín, como *Introductiones Latinae*.

Quizá la conclusión de la obra resulte algo breve (apenas dos párrafos), pero queda compensada con un *postscriptum* que se hace eco de la publicación de una obra del propio prologuista, Juan Gil, que ratifica las conexiones judaicas de Nebrija; además de los cuatro anexos a los que ya se ha hecho referencia en el párrafo anterior y que, en conjunto, suponen también un contundente cierre de la monografía.

De igual modo, acaso se eche de menos que hubiera mencionado (siquiera en los anexos) el vínculo de Nebrija, o, mejor, de sus hijos, con América, o un aspecto que el propio Moldes admite no poder abordar en un libro de corta extensión: «organizar mediante una cronología a doble columna los hitos de la imprenta en Europa y contrastarlos con los de las publicaciones impresas en vida de Nebrija y en las décadas más cercanas posteriores a su muerte. Se comprobaría un curioso paralelismo en ambos sentidos» (pp. 92-93), si bien, viéndolo desde otra perspectiva, puede ser un acicate para futuras investigaciones sobre una figura fascinante y enigmática: pongamos por caso, por qué Nebrija no estudió en Sevilla o por qué recurre al hebreo y al arameo para su exégesis bíblica del Antiguo Testamento. Sea como fuere, el libro de Moldes, más allá de su posible origen judeoconverso, ayuda a conocer nuevas facetas de una personalidad del gramático compleja y fascinante a partes iguales.

Roberto Cuadros Muñoz

Universidad de Sevilla, España
rcuadros@us.es